

CAPITULO XV.

El almirante costea la Española.—Ataque alevoso de los insulares á los españoles.—Navegacion azarosa, y peligros y promesas de la tripulacion durante la tempestad.—Gánanse las Azores.—El gobernador portugues quiere apoderarse de Colon, y le arrebató traidoramente la mitad de los suyos.—Recobra Colon su gente y prosigue su rumbo.—Nueva tormenta.—Forzosa arribada á Portugal.

El viérnes 14 de Enero se dió á la vela el almirante, y de paso puso nombre á los cabos Baupres, del Ángel, Redondo, Frances y Buen Tiempo, á la punta de Fierro y á la montaña de Plata. Á medida que continuaba costeaendo la isla Española, no podia ménos de extrañarle sobremanera su extension.

Deseoso de procurarse víveres frescos, envió á tierra un bote, cuyos tripulantes dieron con unos hombres armados de flechas, y con los cuales entraron en relaciones, decidiendo á uno de los guerreros á seguirlos en la carabela. Era un salvaje desnudo completamente, con la cara de feroz aspecto y pintarrajada de negro, y cuyos cabellos largos y atados á la espalda iban adornados de plumas. Por su belicosa catadura, tono resuelto y repugnantes facciones, imaginó Colon que sería uno de aquellos caribes antropófagos de que habia oido hablar, y le preguntó si era canibal. Respondióle que ro el guerrero, y le mostró con el dedo al E. la direccion de la tierra habitada por los de esta raza. Despues de haberlo interrogado sin gran provecho, le hizo dar de comer, le regaló algunas bujerías y lo envió á la playa, invitándolo

á que, si tenia oro, lo trajera. En el momento en que la embarcacion ganaba la orilla, se ocultaron detras de los árboles sobre sesenta indígenas, que á las primeras palabras de su compatriota depusieron entre el follaje parte de las armas y se adelantaron á los españoles, que les compraron dos arcos y gran copia de flechas; pero no bien hubieron recibido su costo, en vez de entregarlas, viendo que no tenian que habérselas más que con siete extranjeros, corrieron en busca de cordeles para amarrarlos, considerándolos ya como cautivos. Apercebidos del caso los españoles, caen como el rayo sobre los indios y hieren á uno en el pecho, y á otro, de un sablazo, en las caderas. La intrépidez del ataque les infundió tal espanto, que huyeron, arrojando sus lanzas por el camino. Si el oficial que mandaba la lancha no hubiera, conforme á sus instrucciones, impedido que los persiguieran, habrian hecho los siete una carnicería. Afigido quedó el almirante al saber este suceso, pues hubiera querido que su expedicion no costára una gota de sangre á los pueblos que venia á convidar con la paz del Señor; pero la reflexion le consoló en breve, porque la



derrota de sesenta guerreros del país por siete de los suyos debia redundar en beneficio de la pequeña colonia dejada en el puerto de la Navidad.

Pertenecian estos indios á los ciguayenos, cuyas costumbres diferian de las de los otros naturales de la Española, en razon á que, expuestos á las invasiones de los caribes, habian contraido ciertos hábitos crueles de sus enemigos.

Al otro dia tornó á enviar Colon la chalupa, pero armada en guerra, y los playeros, acompañados del que ya estuvo á bordo de la *Niña*, se acercaron sin miedo alguno, no guardando rencor por lo pasado. El almirante llamó á aquel paraje golfo de las Flechas.

Afan tenia Colon de encontrar, ántes de volver la proa á Castilla, á la raza de *Caniba* ó de Carib, tan temida entre los pueblos que llevaba visitados, y de ver á los comedores de carne humana, seres rebeldes al órden establecido por la Providencia, ofensores de la naturaleza, y que por un exceso de la gula más repugnante, robaban á los hombres para saciar en ellos su asqueroso apetito. Le parecia imposible tal abominacion, y para creerla queria verla. Tambien le habian hablado de una isla nombrada Matitino, poblada por mujeres solas y armadas, que recordaban á las amazonas, y estaba seguro de su existencia, que suponía al ESE. (1). No se equivocó; pero como los naturales no supieron indicarle el camino, y además se levantó un viento favorable para venir á España, y su gente comenzaba á disgustarse de una navegacion tan prolongada, decidió hacer rumbo á Europa, tanto más, cuanto que las dos carabelas hacian mucha agua. No era ménos peligroso quedarse que partir en circunstancias en que solamente podia esperar en Dios.

El hombre de la Providencia puso el rumbo á España en nombre de la Santísima Trinidad, porque, como dice el venerable P. Las Casas, «no obstante la mucha agua que las carabelas ha-

(1) Las amazonas y su isla existian real y positivamente además de la mitología, con la diferencia de que estas robustas guerreras vivian sin hombres no más que una parte del año.

cian, confiaba en Nuestro Señor, que le trajo, le tornára por su piedad y misericordia» (1).

Al principio la mar estuvo bastante buena, y se experimentaron con frecuencia variaciones de viento. En los dias que siguieron se agitaron las olas, se vió gran cantidad de atunes y rabos de junco, pájaros bobos, dârnias y fragatas, pero, sin embargo, la mar se mantuvo llana, la temperatura suave y la brisa excelente, por lo cual dió Colon gracias á Dios.

El 21 de Enero refrescó mucho el viento, se vieron todavia multitud de pájaros, pero pocos peces, y el agua empezó á enfriarse. Al dia siguiente permanecié en calma, tanto que los indios se divertieron en nadar al rededor de los buques. Se encontraron hierbas, más ya no alarmaron á ninguno. En las otras singladuras los rumbos fueron muy variados; con frecuencia la *Niña* se veia obligada á disminuir el trapo para esperar á la *Pinta*, que iba mal á la bolina y se ayudaba peor con la vela de mesana, en razon á la avería de su palo, que Martin Alonso Pinzon, cuando desertó para cojer oro, descuidó componer.

Pronto perdió el cielo su transparencia. El continuo cambio de los vientos hizo que las maniobras fuesen constantes; se adelantaba poco, las provisiones sólidas tocaban á su fin y no quedaba más que patatas, galletas y vino, lo que reponia mal las fuerzas, en medio de tanta fatiga.

El viérnes 25 de Enero, despues de salir el sol, sobrevino una gran calma, y los marineros consiguieron cojer un atun y un enorme tiburón; con lo cual se reparó algun tanto la despensa. Durante los demas dias se avanzó poco, pues el viento y las olas permanecian sin movimiento, sin que por eso dejara Colon de dar gracias á Dios por el estado del mar. Con el cielo cada vez más encapotado comenzó á llover el 4 de Febrero y el aire se puso más frio. El almirante hizo rumbo al E., siguiéndolo hasta el 8, en que tomó al SE. cuarto al E.

El 10, los pilotos se hallaban por su apunte ciento cincuenta leguas más cerca de Castilla que Colon, pero el cálculo del almirante estaba

(1) Lúnes 14 de Enero.



exacto y equivocado el de los otros, como se probó luégo.

El 12, rachadas de aire precursoras de la tempestad comenzaron á silbar entre la járcia y arboladura: el dia fué penoso, y por la noche tres relámpagos rasgaron la atmósfera al NE.: eran los preludios de un huracan, que se preparó á esperar el almirante, haciendo cargar las velas y no guardando más que una baja, achicada con rizos y abocinada al palo mayor, con el objeto de que ayudára á levantar la carabela, que las agitadas olas sumergian.

Elevábanse éstas enfurecidas y espumantes, para estrellarse unas contra otras, con estruendo formidable, caer y tornar á levantarse hasta las nubes, abriendo á su pié simas horribles; el horizonte se inyectaba en tintas de siniestro cariz y la noche iba extendiendo el más negro y espeso de sus velos sobre aquel cuadro de desolacion y angustia. Gemian las ligazones de la *Niña* al redoblado empuje de los elementos desencadenados y como era imposible maniobrar, se entregó á merced del viento y de las aguas, lo mismo que la *Pinta*, á la que su averiada arboladura no permitió luchar más tiempo. Hizo Colon encender, conforme á lo dispuesto en tales casos, tres faroles, uno sobre otro en el palo mayor, en que flameaba la bandera real, para indicar á la *Pinta* que no conservase trapo; y á fin de poder evitar un abordaje durante la oscuridad mandó poner una luz próxima al fanal, á cuya seña contestó Martin con otra que mantuvo hasta que la violencia del temporal lo acabó de ocultar en la lontananza de la moviente llanura.

Léjos de disminuirse el horror de la tempestad, aumentó con la vuelta del dia. Colon no habia abandonado la cubierta y prosiguía dirigiendo en persona el buque: pero la persistencia progresiva del temporal tenía intimidados á los tripulantes, que volvian sus tristes ojos á Cristóbal, y éste al Padre de las misericordias, único recurso en tamaño peligro. El hombre no podia más; pero el cristiano permanecía firme, alentado por la fe.

Propuso el almirante á su gente hacer un voto, para que aquél á quien señalára la suerte, fuese en peregrinacion á Nuestra Señora de

Guadalupe, con un cirio de cinco libras de peso en la mano. Pusieron al efecto en un gorro tantos garbanzos como tripulantes habia, señalando en uno con un cuchillo una cruz (1). Se acercaron todos, y el virey, como principal, entró la mano el primero y retiró la semilla cruzada.

Pocos momentos despues, como acreciera el riesgo, y con él el pavor, se decidió otra promesa. Se trataba de ir á Nuestra Señora de Loreto en los estados pontificios, y habiéndole tocado al marinero Pedro de Villa, natural del Puerto de Santa María, imposibilitado de costear el viaje, Colon se hizo cargo de proveerlo de recursos.

Más tarde la cólera de los elementos inspiró un tercer voto, para cuyo cumplimiento fué señalado de nuevo el almirante. Consistia en hacer celebrar una misa en Santa Clara de Moguer, y pasar una noche entera en oracion al pié del altar mayor. En seguida se procedió á otro colectivo, para ir todos procesionalmente, los piés descalzos y en camisa, á la iglesia de Nuestra Señora que más cerca estuviera en la primera tierra que se divisára.

El abatimiento de los espíritus era indescribible. Ninguno tenia duda de que la *Pinta* hubiese perecido: cada cual se encomendaba al santo de su devocion, pero sin esperanza de salvarse, pues no veia en lo humano ni la menor probabilidad de ello. La carabela sufría tanto más, cuanto que carecia de lastre; y como Colon no pudo alcanzar la isla de las Mujeres, en la que se proponia hacerlo y estivar la *Niña*, la falta de viveres, agua y vino la tenían tan ligera, que iba en cualquiera direccion y como si no fuera gobernada. Los tripulantes estaban desesperados, y el mismo jefe sentía decaer su espíritu. Su corazon, más agitado que la borrasca misma, descendiendo de la confianza al temor, se elevaba y caía alternativamente como las olas del Atlántico. El lo ha dicho: cada golpe de agua que venia á estrellarse contra el casco de su carabela, era bastante para turbarlo, no sin que atribuyera su flaqueza á la insuficiencia de su fe y falta de

(1) Jueves 14 de Febrero.



absoluta confianza en la divina Providencia. Por una parte, al acordarse de las circunstancias prodigiosas de su descubrimiento, de las mercedes que el soberano Señor le otorgára con tamaño triunfo, mostrándole infinitas maravillas y haciéndole encontrar multitud de islas cual si hubiera querido que al fin de tantas contrariedades como experimentó en Castilla quedasen sobrepujadas hasta sus más lisonjeras ilusiones, se tranquilizaba un poco. Y cuando descendia al fondo de su conciencia y hallaba en ella aquel ardiente deseo, aquella sed insaciable de la mayor gloria de Dios, le parecia imposible que aquel Dios que lo libertó de cuantos peligros se opusieron á su primer viaje, que le hizo dominar el miedo y la revuelta sosteniéndolo firme contra todos, inutilizara hoy los continuos milagros de su bondad, abandonándolo en el peligro supremo. Pero por otro lado, al considerar la persistencia de los rigores del cielo, á pesar de sus plegarias, y ver tan inmediata la destruccion de todos, se decia que, sin duda por sus pecados, Dios, para castigarlo, queria privarle del placer de ser él mismo portador de la noticia del resultado de su empresa, y así de la gloria que ilustraria su nombre.

Morir sin haber revelado las desconocidas bellezas que admiró, dejar ignorando la existencia del Nuevo Mundo á las naciones cristianas, y á los nuevos pueblos la venida de Jesucristo, la redencion del género humano, era una lúgubre idea que oprimia su corazon y derramaba en su pecho la amargura. Morir cuando habia descubierto la tierra deseada, en cuyas playas de arenas de oro estaba el rescate del Santo Sepulcro; morir, hundiéndose en los abismos con los trofeos de su victoria, la conquista cosmográfica más grande de la humanidad, era agonizar con el alma, con el corazon y con el cuerpo; era sucumbir tres veces pereciendo una. Si hubiera estado solo en el peligro, habria sufrido su desventura con más resignacion, porque vió muchas veces la muerte tan de cerca, que una más no le hiciera estremecerse; pero no era así, y el imaginar que causaba la pérdida de tantos como venian con él, mal de su grado la mayor parte, y que en el delirio de su

desesperacion, en su hora postrera, lo maldecirian y lo culparian de su mala estrella, lo dejaba transido de dolor; y si la imágen de sus inocentes hijos se aparecía en su memoria y pensaba en la orfandad y desamparo en que quedarian en tierra extraña, pues los reyes no sabiendo lo que habia hecho su padre no se acordarian más de aquellos pedazos de sus entrañas, se llevaba las manos trémulas á la cabeza como para impedir que se le fuera el juicio.

En medio de los lamentos de la tripulacion, del estrépito de los golpes de mar, de los quejidos de la *Niña*, medio zozobrada, del crujir de las cuerdas, de los sollozos de las bombas, que apuraban más que el agua las fuerzas de los marineros, en medio de este horrisono concierto bajó de la toldilla, y entrando en la cámara tomó un pergamino (1), y á pesar de los balances escribió en él con mano firme el resumen de su hecho, lo envolvió en otra hoja en que pedia al que la leyera la llevase á la reina de Castilla, ofreciéndole en su nombre una recompensa de mil ducados, lo puso luégo en un hule dentro de un pan de cera, lo selló, y despues de colocarlo en un barril vacío y de cerrarlo herméticamente, lo mandó echar al Océano. Los marineros no vieron en aquella ofrenda á las olas sino el cumplimiento de un voto secreto.

Por temor de que las corrientes no apartaran de Europa su desesperada misiva, hizo dos copias, y metida la segunda en un barril que amarraron á popa, la dejó allí con la esperanza de que si la *Niña* zozobraba pudiera sobrenadar y ser cogido un dia.

En esto el viento cambió al O., manteniéndose, sin embargo, la mar negra y agitada.

El viérnes 15 de Febrero, al salir el sol, se vió tierra al NE. Reanimáronse con esto los decaidos ánimos á pesar de que la marejada continuaba viniendo gruesa del lado de poniente. Los pilotos se creian, segun su estima, en las costas de España, pero Colon les dijo que eran

(1) «Tomé un pergamino, y escribí en él todo lo que pude.» Jueves 14 de Febrero.